

En aquel gobierno, reducido por decirlo así á un solo hombre, todos los ministros se habían eclipsado, excepto dos, que eran Fouché y Talleyrand. Sólo éstos habían conservado el privilegio de hacerse notar un tanto por entre aquella aureola deslumbradora que rodeaba al general Bonaparte, y en la cual desaparecían y se ahogaban todos menos él. El general Berthier acababa de substituir á Carnot en el ministerio de la Guerra, porque era más flexible y se resignaba mejor al humilde papel de recibir y comunicar las ideas de su jefe, lo cual hacía verdaderamente con una claridad y precisión admirables. No era por cierto poco mérito ser el digno jefe de estado mayor del capitán más grande del siglo, y quizá de todas las edades; pero Berthier al lado del primer cónsul no podía tener importancia alguna como director de las operaciones militares. La marina de aquella época llamaba poco la atención. La hacienda sólo exigía la aplicación perseverante y enérgica, pero oscura, de unos cuantos principios de orden establecidos una vez para servir siempre. La policía, por el contrario, tenía grande importancia por causa del latísimo poder arbitrario de que estaba armado el gobierno; y juntamente con la policía los negocios extranjeros, por razón de las relaciones que iban á restablecerse con el mundo todo. Necesitaba el primer cónsul para la policía un hombre que conociese á los partidos y á los hombres que los componían; y he aquí el origen del gran influjo que adquirió el mismo Fouché. Por lo tocante á los negocios extranjeros, aun cuando el primer cónsul fuese el primer personaje que se podía presentar á Europa, convenía no obstante un mediador para todas las circunstancias, más suave que él y más sufrido; y esta era la causa del influjo que logró Mr. de Talleyrand. Dividiáanse, pues, entre sí Fouché y Talleyrand la única porción de crédito político de que gozaban entonces los ministros.

La policía en aquella época no era lo que felizmente ha llegado á ser después, es decir, una mera vigilancia sin poder alguno, encargada únicamente de dar aviso y conocimiento á la justicia. Era entonces como el depósito de una arbitrariedad inmensa en manos de un solo hombre. El ministro de Policía podía desterrar á éstos como revolucionarios, á aquéllos como emigrados disfrazados; podía designar á unos y á otros el punto de su residencia, y aun á veces encerrarlos en una fortaleza, sin temer las revelaciones de la prensa ó de la tribuna, impotentes y sin prestigio á la sazón; podía alzar ó mantener el secuestro de los bienes de los proscritos de todas las épocas, restituir ó despojar á un sacerdote de su iglesia, suprimir y multar á cualquier periódico que le disgustase, y por último, designar todo individuo á la desconfianza ó al favor de un gobierno que tenía entonces un número extraordinario de empleos que repartir, y que en breve había de poder prodigar las riquezas de Europa con sus hechuras. Así, pues, el ministro de Policía, á quien las leyes de la época conferían semejantes atribuciones, tenía un poder formidable sobre todas las personas, aunque no por esto dejase de depender de la autoridad superior y vigilante del primer cónsul.

Mr. Fouché, encargado de ejercer aquel poder, antes padre de San Felipe de Neri y luego convencional, era un personaje de notable despejo y astucia, ni bueno ni malo en el fondo, gran conocedor de los hombres, y

especialmente de los malos, pero que los despreciaba á todos sin distinción. Empleaba los fondos de la policía, así en alimentar á los fautores de motines como en vigilarlos; siempre estaba dispuesto á proporcionar pan ó empleo á todo hombre cansado de las agitaciones políticas, con lo cual proporcionaba amigos al gobierno y se los proporcionaba á sí propio; creábase, no ya solamente espías crédulos ó falaces, sino hombres agradecidos que nunca dejaban de enterarle de todo cuanto le interesaba saber; y tenía de éstos entre todos los partidos, aun entre los realistas, á quienes sabía contemplar y contener oportunamente. Siempre era avisado á tiempo, y nunca abultaba el peligro á su jefe, ni se lo abultaba á sí mismo; distinguía con sumo tino á un imprudente de un hombre en realidad temible. Sabía advertir al uno y perseguir al otro; en suma, manejaba la policía mejor que se ha manejado en tiempo alguno, si es que ésta consiste en desarmar y refrenar los rencores. Hubiera sido un ministro superior si su extrema indulgencia hubiese dimanado de otro origen que de la indiferencia más completa para el bien y para el mal; si su incesante actividad hubiese tenido otro móvil que la necesidad de mezclarse en todo, la cual le hacía molesto y sospechoso á los ojos del primer cónsul, dándole á menudo las apariencias de un intrigante subalterno. Por lo demás, su semblante animado, vulgar y equívoco, retrataba cumplidamente las cualidades y los vicios de su alma.

Celoso de su confianza, no la otorgaba el primer cónsul fácilmente, á no ser cuando los hombres le inspiraban verdadera estimación. Valfase de Fouché, pero desconfiaba de él, por lo cual propendía en diversas ocasiones á suplirle ó á fiscalizarle, facilitando dinero á su secretario Bourrienne, al comandante de París, Murat, y especialmente á su edecán Savary, para lograr de este modo muchas policías contradictorias. Pero Fouché sabía siempre convencer de puerilidad y torpeza á aquellas policías intrusas, probaba que era él el único bien informado, y al paso que contradecía al primer cónsul, lograba granjearse su voluntad por medio de cierta táctica en el trato de los hombres, en que no entraban ni el amor ni el odio, sino una aplicación constante á irlos separando uno á uno de la vida agitada de las facciones.

Mr. Fouché, fiel á medias al partido revolucionario, contemplaba de buen grado á sus antiguos amigos y se atrevía á contradecir al primer cónsul cuando se trataba de ellos. Conocía á fondo su situación moral, y dando su justo valor especialmente á los malvados del realismo, no cesaba de repetir que si había algún peligro, más era de temer por parte de los realistas que por parte de los revolucionarios, como habría ocasión de conocerlo muy en breve. Tuvo además el mérito, que no conservó mucho tiempo, de sostener que se procedería con más tino separándose menos de la revolución y de sus ideas. Oyendo decir á los aduladores de la época que convenía caminar más de prisa por la senda de la reacción, prescindiendo de las preocupaciones de la revolución y restablecer algo parecido á la monarquía, aunque excluyendo á los Borbones, se atrevía Fouché á censurar declaradamente, si no el objeto, al menos la imprudencia con que algunas gentes se enderezaban á él. Si bien admitía lo acertado de sus consejos dados

con buen seso, pero sin dignidad y sin franqueza, el primer cónsul, en quien hacían impresión, se mostraba poco contento; reconocía los servicios de aquel personaje, mas no le tenía en estima.

Mr. de Talleyrand representaba un papel enteramente opuesto: ni era afecto á Mr. Fouché, ni tenía con él semejanza. Ex sacerdotes ambos, y procedentes el primero del clero alto y el segundo del clero inferior, nada más tenían de común que el haberse aprovechado de la revolución para despojarse el uno de la vestidura de prelado y el otro de la sotana de padre del Oratorio. Extraño espectáculo, forzoso es confesarlo, y espectáculo que retrata completamente á aquella sociedad desquiciada hasta en sus cimientos, es el que presenta aquel gobierno compuesto de un militar y de dos sacerdotes que habían abjurado de su estado, y que, sin embargo de estar compuesto de este modo, no aparece dotado de menos brillo, de menos grandeza y de menos influjo en el mundo.

Mr. de Talleyrand, procedente de la más ilustre estirpe, destinado á las armas por su nacimiento, condenado al sacerdocio por un accidente que le privó del uso de un pie, sin vocación alguna á aquella carrera forzosa, y convertido sucesivamente en prelado, en cortesano, en revolucionario, en emigrado, y por último, en ministro de Negocios extranjeros del Directorio, había conservado algo de todos aquellos diversos estados, y aparecían en él cosas de obispo, de magnate y de revolucionario, sin profesar opinión alguna decidida y sí sólo una moderación natural contraria á todas las exageraciones; apropiándose con facilidad las ideas de aquellos á quienes trataba de agradar por interés ó por gusto; explicándose en un lenguaje particular y propio de aquella sociedad que Voltaire había educado; fecondo en dichos agudos y punzantes, que le hacían no menos temible que agradable en su trato; afable y desdenguado alternativamente, franco y reservado, indolente, con dignidad, cojo, y sin embargo, noble en su continente; en suma, personaje de lo más singular, tal como puede producirlo solamente una revolución, era el negociador de más seducción á la par que incapaz de dirigir como principal los negocios de un grande Estado: porque para dirigir se han menester voluntad, miras y aplicación, y Talleyrand no poseía ninguna de estas dotes. Su voluntad se limitaba á agradar, sus miras consistían en opiniones pasajeras sobre las cosas del momento, su aplicación era nula; era en suma un embajador cabal, pero de ningún modo un ministro útil para dirigir los negocios; entendiéndose que ha de tomarse esta expresión en su acepción más elevada. Verdad es que tampoco le quedaba otro papel bajo el gobierno consular. El primer cónsul, que no consentía que nadie tuviese opinión en las cosas de la guerra ó de la diplomacia, sólo se servía de él para negociar con los ministros extranjeros según sus propias ideas, lo cual desempeñaba Mr. de Talleyrand con un arte que nunca será sobrepujado. No obstante, tenía un mérito real, que era el ser amante de la paz bajo un dueño amante de la guerra, y manifestarlo francamente. Dotado de un gusto exquisito, de un tacto delicado, y hasta de una pereza provechosa, podía prestar verdaderos servicios sin más que oponer á la verbosidad y á la facundia de pluma y de acción del primer cónsul, su sobriedad na-

tural, su perfecta medida y hasta su inclinación á no hacer nada. Pero influía poco en el ánimo de aquel dueño imperioso, al cual no imponía respeto, ni con el talento ni con el convencimiento; por lo cual no tenía sobre él más imperio que Fouché, y aun quizá tenía menos, aunque era con igual frecuencia empleado y recibido con más gusto.

Por lo demás, Mr. de Talleyrand decía todo lo contrario de lo que manifestaba Mr. Fouché. Como afecto al antiguo régimen, excepto á las personas y á las preocupaciones ridículas del tiempo viejo, aconsejaba reconstruir lo más pronto posible la monarquía, ó establecer algo equivalente en que la gloria del primer cónsul supliese la falta de sangre real; y añadía que si se deseaba tener una paz pronta y duradera con la Europa, convenía apresurarse á tener con ella semejanza. Y mientras el ministro Fouché aconsejaba en nombre de la revolución no caminar demasiado aprisa, Talleyrand aconsejaba en nombre de la Europa no caminar con tanta lentitud.

Paladeaba el primer cónsul el buen seso vulgar de Mr. Fouché, pero saboreaba las agudezas de Mr. de Talleyrand. No daba crédito ni á uno ni á otro sobre materia alguna; y por lo que hace á su confianza, aunque la había depositado entera, no era en ninguno de estos dos personajes, sino en su colega Cambaceres. Éste, de talento poco fascinador, pero de singular criterio, profesaba al primer cónsul un afecto sin límites. Había pasado diez años de su vida temblando bajo el predominio de los proscritos de todas clases, y tenía una especie de amor tierno al dueño poderoso que le había vuelto por fin la facultad de respirar con desahogo. Tenía cariño á su poder, á su genio y á su persona, de la cual no había recibido ni esperaba recibir más que beneficios. Conociendo las flaquezas de los hombres, aun de los más grandes, aconsejaba al primer cónsul como cumple aconsejar, cuando quiere uno ser atendido, esto es, con absoluta buena fe, con consideraciones y contemplaciones sin tasa, nunca para hacer brillar la propia prudencia, siempre para ser útil á un gobierno á quien amaba como á sí mismo, prestándole continuamente en público su aprobación en todo, hiciese lo que quisiera, no propasándose á desaprobar sus actos sino en secreto, y en conversación íntima con el primer cónsul; callándose cuando ya no había remedio, y cuando la crítica no podía ser ya más que un vano placer de vituperar; hablando siempre, y con un valor altamente meritorio en él, que era el hombre más tímido de la tierra, cuando era tiempo de precaver un yerro ó de influir en la dirección general de los negocios. Y como si fuera preciso que un carácter sin cesar refrenado rompa el freno á veces por algún lado, el cónsul Cambaceres ostentaba pueril vanidad con sus inferiores, vivía con algunos cortesanos subalternos que le tributaban un incienso grosero, se paseaba casi todos los días en el Palacio Real con un traje ridículamente magnífico, y buscaba en la satisfacción de una glotonería que llegó á ser proverbial deleites que satisfacían su alma vulgar, aunque prudente. ¿Pero qué importan algunas extravagancias en un hombre de tan superior entendimiento?

El primer cónsul perdonaba de grado las rarezas de su colega, y hacía de él mucho caso; apreciaba en él



aquel criterio superior que renunciaba á brillar para ser verdaderamente útil y que todo lo esclarecía con luz verdadera y templada. Apreciaba especialmente la sinceridad de su afecto, se reía de sus caprichos, siempre con cierto miramiento, y le tributaba el mayor homenaje posible, que era confiárselo á él todo y no cuidarse de otro parecer que del suyo. Así, sólo á este personaje permitía algún influjo, tanto más grande cuanto menos sabido.

El cónsul Cambaceres era á propósito especialmente para templar sus arrebatos contra las personas y su precipitación en las cosas. En medio de aquel conflicto entre dos tendencias opuestas, la una que le impelía hacia una acción violenta y la otra que por el contrario combatía esta reacción, Cambaceres, inflexible cuando se trataba de la conservación del orden, opinaba siempre en todo lo demás por que se marchase con menos premura. No disputaba sobre el objeto á que visiblemente se tendía. Por su parte no había inconveniente en que se revistiese un día al primer cónsul con cuanto poder se quisiera, pero no quería que se hiciese demasiado pronto, y esto lo repetía continuamente. Quería sobre todo que se prefiriese siempre la realidad á la apariencia, y el verdadero poder á la mera ostentación de la fuerza. Un primer cónsul que pudiese hacer todo el bien que quisiera, le parecía muy preferible á un príncipe coronado, coartado en la facultad de obrar. Tirar la piedra y esconder la mano, como suele vulgarmente decirse, y sobre todo no obrar nunca con precipitación, era la máxima fundamental de su ciencia política. Ello podía no acreditar un gran genio, pero sí bastante prudencia, y ambas cosas son necesarias para fundar un Estado poderoso.

Tenía Cambaceres para el primer cónsul otra especie de utilidad además de la de aconsejarle con una superior fuerza de razón, y era la de gobernar el senado. Este cuerpo, como ya hemos dicho, tenía inmensa importancia, puesto que hacía todas las elecciones. Al principio estuvo en cierto modo abandonado á Mr. Sieyes, como en resarcimiento del poder ejecutivo conferido por entero al general Bonaparte. Mr. Sieyes, satisfecho al principio de su abdicación, y residiendo en su tierra de Crosne, empezaba á experimentar cierto tedio por la nulidad á que se veía reducido, pues nunca ha habido abdicación sin pesar. Si hubiera tenido voluntad firme y partido, hubiera podido despojar del senado al primer cónsul, y entonces no hubiera quedado otro recurso que dar un golpe de Estado. Pero Cambaceres, sin ruido y sin ostentación, é insinuándose poco á poco en aquel cuerpo, ocupaba en él el puesto que la áspera negligencia de Mr. Sieyes le abandonaba. Sabíase que por su conducta era por donde había que dirigirse al primer cónsul, origen de todo favor, y á él en efecto se dirigían. Sacaba de esto partido con sumo arte, y siempre disimuladamente para contener ó traer á los que hacían la oposición; pero lo manejaba con tal discreción, que nadie pensaba en quejarse. En un tiempo en que el reposo había llegado á ser la verdadera seguridad, y en que el mismo reposo era necesario para hacer que resucitase algún día la afición á la libertad, no puede uno atreverse á acusar ni á calificar con el nombre de corruptor al que reprimía los ímpetus del dueño impuesto por los acontecimientos y atemperaba las im-

prudencias de una oposición que no tenía ni objeto, ni oportunidad, ni luces políticas.

Por lo que hace al cónsul Lebrún, tratábase el general Bonaparte con miramiento y hasta con cariño, pero como á un personaje que se mezclaba poco en los negocios, no siendo los puramente administrativos. Encomendábase que vigilase sobre los pormenores de la hacienda, y que le tuviera siempre al corriente, que era lo que más le importaba, de lo que hacían ó pensaban los realistas que solían rodear á este tercer cónsul. Era para él como un oído y un ojo que tenía entre ellos, sin cifrar por otra parte más que una mera curiosidad en lo que por aquel lado podía ocurrir.

Para tener una idea exacta de todas las personas que rodeaban al primer cónsul, conviene hablar ligeramente de su familia. Tenía cuatro hermanos, José, Luciano, Luis y Jerónimo. A su tiempo daremos á conocer á los dos últimos, sólo José y Luciano tenían á la sazón alguna importancia; José, el mayor de todos, había casado con la hija de un banquero de Marsella, honrado y opulento. Era afable, bastante agudo, agradable en su persona, y causaba á su hermano menos cuidados que los otros (1). Para él reservaba el primer cónsul el honor de negociar la paz de la república con los Estados del antiguo y nuevo mundo. Encomendóle concluir el tratado que se disponía con la América y acababa de nombrarle plenipotenciario en Luneville, procurando de este modo proporcionarle que fuese grato á la Francia. Luciano, actualmente ministro del Interior, era hombre de talento, si bien de un talento desigual, inquieto y rebelde, y sin bastantes disposiciones para suplir lo que le faltaba de buen criterio. Ambos halagaban la inclinación del primer cónsul á encumbrarse hasta el poder supremo, lo cual no es difícil de concebir. El talento del primer cónsul y su gloria le eran del todo personales; sólo una cualidad podía ser transmisible á su familia, y era la dignidad del príncipe, si llegaba á revestirse con ella algún día prefiriéndola á la del primer magistrado de la república. Sus hermanos mismos pertenecían al número de los que decían desembozadamente que la forma actual de gobierno no había sido más que una transición imaginada para contemporizar con las preocupaciones revolucionarias, pero que convenía tomar un partido, y que si se quería fundar alguna cosa verdaderamente estable, no se podía menos de dar al poder más reconcentración, unidad y duración. Fácil era deducir la consecuencia de semejantes dichos. El primer cónsul, como todos saben, no tenía hijos, y esto daba mucho en qué pensar á los que ya trataban de la transformación de la república en monarquía. Difícil era, en efecto, pretender que se asegurara la transmisión natural y regular del poder en la familia de un hombre que no tenía herederos. Así, pues, aunque en lo venidero aquella falta de sucesores pudiese ser una ventaja personal para los hermanos del primer cónsul, en el día sólo era un argumento contra sus planes, por lo cual

(1) Más justo hubiera sido decir que José era su hermano predilecto, no sólo por ser el mayor de todos y ejercer con prudencia y cariño esa especie de derecho de primogenitura que legaron las antiguas leyes romanas á todas las legislaciones meridionales para protección de la familia, sino además por ser él en todos los casos arduos, en todos sus compromisos y hasta en todas las aficciones y pesares de su vida privada su amigo más solícito y su más íntimo consejero. (N. del T.)

solían culpar á madama Bonaparte de una desgracia de que la creían causa. Desazonados con ella por celos de influencia (1), la trataron con poco miramiento hablando de ella á su esposo, y la perseguían con sus dichos, repitiendo sin cesar y en voz alta que el primer cónsul necesitaba absolutamente una mujer que le diese hijos, que aquel no era un interés privado, sino público, y que una resolución sobre esto era indispensable si se quería asegurar el porvenir de la Francia. Hacían que todos le repitiesen estas funestas especies que encerraban para ella la conclusión más siniestra; así que la esposa del primer cónsul, tan afortunada en la apariencia, se hallaba á la sazón muy lejos de ser dichosa.

Josefina Bonaparte, casada en primeras nupcias con el conde de Beauharnais y luego con el joven general que salvó á la Convención el 13 vendimiario, con quien compartía un puesto que empezaba á asemejarse á un trono, era criolla de nacimiento, y tenía todas las gracias y todos los defectos comunes á las mujeres del mismo origen. Buena, pródiga y frívola, nada hermosa, pero sí elegante en extremo y dotada de infinito atractivo, sabía agrandar mucho más que otras mujeres superiores á ella en talento y hermosura. La ligereza de su conducta, que pintaron á su esposo con desventajosos colores á su vuelta de Egipto, le llenó de cólera, y quiso éste separarse de una esposa á quien con razón ó sin ella creía culpada. Lloró ella largo tiempo á sus pies, también lloraron sus dos hijos, Hortensia y Eugenio de Beauharnais, muy queridos ambos del general Bonaparte, y al fin cedió, desarmando su cólera una ternura conyugal, que durante muchos años triunfó en él de toda consideración política. Olvidó las debilidades verdaderas ó supuestas de Josefina y siguió amándola todavía, aunque nunca como en los primeros tiempos de su unión. Las prodigalidades ilimitadas, las imprudencias enojosas que cometía diariamente, causaban á su esposo ímpetus de impaciencia de que no era siempre dueño; pero perdona-ba con la bondad propia del poder venturoso, y no sabía estar enojado mucho tiempo con una mujer que había participado de los primeros momentos de su nacimiento grandeza, y que con haberse sentado un día á su lado, parecía haber traído consigo la fortuna.

Madama Bonaparte era una verdadera mujer del antiguo régimen, devota, supersticiosa y hasta realista, que detestaba á los que ella llamaba jacobinos, quienes la correspondían del mismo modo; que no buscaba otro trato más que el de las personas del tiempo pasado, que vueltas en tropel á sus hogares, como hemos dicho, iban á visitarla por las mañanas. Habíanla conocido esposa de un hombre de honor, y de categoría y dignidad militar asaz elevada, del desgraciado Beauharnais, muerto en el patíbulo revolucionario; veíanla en la actualidad esposa de un advenedizo, si bien de un advenedizo más poderoso que cualquier príncipe de Europa, y no temían de llegar á pedirle favores, al paso que afectaban desdenarla. Empleaba ella todo su conato en hacerles partícipes de su poder y en prestarles servicios, y aun se complacía en engendrar en los corazones una especie de ilusión á que se prestaban con gusto, á saber: que en

(1) La antipatía de los hermanos de Napoleón hacia Josefina nacía de dos causas: la una de la posición, y la otra de las veleidades de aquella dama, que comprometían el honor de su hermano, patrimonio común de todos ellos. (N. del T.)

el fondo el general Bonaparte sólo esperaba una coyuntura favorable para llamar á los Borbones y restituirles una herencia que les pertenecía. ¡Cosa singular! Esa ilusión que se complacía en infundir en sus ánimos, también ella hubiera casi deseado tenerla, porque hubiera preferido ver á su esposo vasallo de los Borbones, pero vasallo protector de sus reyes, y objeto de los homenajes de la antigua aristocracia francesa, más bien que monarca coronado por mano de la nación. Era mujer de un corazón débil en extremo; aunque frívola, amaba al hombre que la cubría de gloria y más le amaba desde que era menos correspondida. No imaginando que pudiera fijar su atrevida planta sobre las gradas del trono sin caer al punto bajo el puñal de los republicanos ó de los realistas, veía confundidos en común ruina á sus hijos, á su esposo y á sí propia; pero suponiendo que ascendiese sano y salvo á aquel trono usurpado, asaltaba á su corazón otra especie de temor, el de que no lograría ella sentarse á su lado. Si algún día hacían rey ó emperador al general Bonaparte, sería evidentemente con el pretexto de dar á la Francia un gobierno estable, convirtiéndole en hereditario, y por desgracia los médicos no la daban ya esperanzas de volver á tener descendencia. Recordaba con este motivo la singular predicción de una mujer, especie de pitonisa, á la sazón en boga, que le había dicho: «Ocuparás el primer puesto del mundo, pero será por poco tiempo.» Ya había oído ella á los hermanos del primer cónsul pronunciar en alguna ocasión la palabra fatal de divorcio. La desgraciada, á quien, á juzgar sólo de su suerte por el brillo exterior que la rodeaba, hubieran debido envidiar las reinas de Europa, vivía en la más terrible zozobra. Cada progreso de su fortuna aumentaba, con las apariencias de su felicidad, los pesares de su vida, y sólo con su natural veleidad, que la libraba de que se arraigasen en ella preocupaciones prolijas, lograba amortiguar sus punzantes dolores. El afecto que el general Bonaparte le mostraba, el modo con que sabía éste hacerla olvidar ciertos repentines desagradables que tenía con ella, á veces reparándolos inmediatamente con actos de bondad consumada, conseguían también tranquilizarla. Por otra parte, arrastrada como todos sus contemporáneos por un torbellino que no daba lugar á constantes reflexiones, también ella confiaba en la casualidad, que es el dios de las revoluciones, y después de los más crueles temores siempre volvía á encontrar goces en su fortuna. Procuraba entretanto apartar de su marido toda idea de desmesurada grandeza, y hasta se atrevía á hablarle de los Borbones, exponiéndose á tener nuevos disgustos; y á pesar de que por su natural tendencia hubiera debido preferir á Mr. de Talleyrand á Mr. Fouché, le cayó éste en gracia, como suele decirse, sólo porque á pesar de ser jacobino, como ella decía, sabía decir la verdad al primer cónsul; y para ella decir la verdad al primer cónsul era aconsejarle la conservación de la república, aunque fuese aumentando su poder consular. Talleyrand y Fouché, que creían robustecer su influencia introduciéndose en la familia del primer cónsul, penetraron en ella, halagando á cada cual según su propio deseo. Mr. de Talleyrand trataba de agrandar á los hermanos diciéndoles que era indispensable imaginar para el primer cónsul otra posición más conveniente que la que le daba la Constitución; Fouché por su parte procuraba